



AÑO II.

SEVILLA, 15 DE ABRIL DE 1882.

NÚM. XXIV.

DIRECTOR LITERARIO
BENITO MAS Y PRAT

PRECIOS DE SUSCRICION
Un año, 48 rs.—Seis meses, 26.—Tres meses, 14.

DIRECTOR GERENTE
LUIS B. PALMÉR

PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA

DIRECTOR ARTÍSTICO
TOMAS POVEDANO

PRECIOS FUERA
Un año, 52 rs.—Seis meses, 28.—Tres meses, 15.

REVISTA QUINCENAL

Pasó la Semana Santa con sus noches de *Miserere*, con sus tardes de cofradías y de chubascos, con sus compañías de ARMADOS y sus palcos Calvi, y otras menudencias que no recordamos por estar ya en el mar de lo que se ha ido.

Ahora está nuestra capital en plena *vita nuova*. La primavera vierte todos sus raudales de luz en el horizonte; hay tantos pájaros como capullos de rosas, y en la inmensa lira del corazón de la provincia se toca la cuerda más sensible. Aquí venía de molde repetir un dístico, que por sabido y cursi me dejo en el tintero.

El toque á *Gloria* ha sido como la voz de las flamantes horas que habrán de seguir á las tristezas de la Semana de la Redencion.

Un amigo mio, muy mal músico por cierto, ha dicho ántes de ahora que la Semana Santa es una melancólica melodía, cuyo *allegro* es el repique de Sábado. Algo parecido debió de pensar Fausto cuando, abismado en las meditaciones cabalísticas y contemplando el gigantesco signo del *macrocosmo*, oyó, con fruicion inexplicable, el repique de las alegres campanas de Pascua y las voces de *jaleluya, aleluya!*

A muchos Faustos de levita, es decir, á muchos papás viejos y sabios, y hasta capaces de rejuvenecerse, no les ocurre lo propio en la ciudad del Bétis.

Como que en Pascua de Resurreccion hay que aflojar las moscas del abono de San Fernando.

* * *

Y hé aqui que hemos tocado nosotros una de las partes más delicadas de la cuerda. Un abono en el teatro de San Fernando, cuando cantan Masini y la Reszke, hace de *galeoto* Vilasdin y de empresario Rovira, no es una cosa baladí que digamos, ni puede arreglarse por un quitame allá esas pajas. Suele traer á veces empeños y complicaciones sin cuento, y armar la gorda, como suele decirse, en el campo neutral de los hogares domésticos.

Bien es verdad que no es solamente el abono el caballo de batalla, y que las tiendas de calle Francos y las modistas de todas partes llevan tambien su parte en la *brega*; pero de todos modos, es una verdadera *conflagracion* la platea de la calle de Tetuan y el palco de la plaza de San Francisco.

Por mi parte puedo asegurar á ustedes que sólo con la pluma en la mano se me ocurren estos pensamientos económicos y casi caseros, dignos de algun *chiflado* como Malthus ó de algun perdido como Proudhon: está tan hermosa la sala de nuestro primer coliseo una noche de ópera, que no puede pensarse en semejantes miserias.

Sea brillante la procesion y poco importa que se desnude un santo por vestir á otro.

* * *

¡Y qué bien canta Masini! ¡Y qué hermosa mujer es la Reszke! ¡Y cómo me regocijo yo cuan-

do veo que se pagan á peso de oro los *gorgoritos*, por la sencilla razon de que no son materia vil é impura, sino manifestaciones del espíritu consciente, que se sirve nada ménos que de la onda sonora para llegar al alma! ¡Si mi espíritu se manifestase así, no perderia yo el tiempo en escribir líneas desiguales y en atormentar cuartillas de papel inútilmente.

Si mi espíritu se manifestase así, tendria su *habitation* en el hotel Imperial, y resolveria de este modo el pavoroso problema de las localizaciones. Mi espíritu podria tener tambien propicias otras muchas cosas que le pide mi carne, sin darse punto de reposo; porque, la verdad es que para ser algo en la tierra, es preciso ser cantante: casi estaba por decir que aún en el cielo han de tener mejor lugar que nosotros. Ya, por aquí, son ángeles.... patudos.

* * *

Después de la ópera, los toros. Ya lo saben ustedes; llevamos cinco corridas hasta la fecha, y aunque no están en voz—quiero decir en juego—Ángel Pastor y Cara-ancha, nó por eso dejaremos de asistir á las solemnidades que están en puerta.

Nuestro querido amigo y colaborador D. Luis Vidart tronaba el otro día, desde Madrid, contra esta anti-católica fiesta y queria meterse en ciertas honduras.

Á haberme hecho á mí las sábias preguntas que hace al sabio presbítero D. Miguel Sanchez, yo le hubiera contestado únicamente con un *velay!*; son cosas muy *jondas* esas que se trae nuestro amigo, y es menester darles el *cambio*.

España tendria toros, aunque se hubieran de matar á tiros desde los balcones, como se mataban los hugonotes en Francia, y es probable que se maten algun día hasta en el teatro del Duque.

JUAN SIN TIERRA.

LA GEOGRAFÍA EN EL SIGLO V

ÁNTES DE JESUCRISTO

(Continuacion.)

Al mencionado Eudemo y á Herodoto debemos la noticia de que Thales predijo el eclipse ocurrido durante la guerra entre Lidios y Medos. Yo no creo que Thales realizara semejante prediccion.

Imposible es que Thales empleara con tal fin esas tablas en que se nos presentan las evoluciones del sol y de la luna, pues no eran conocidas en su época ni tales tablas ni con exactitud las revoluciones astelares.

¿Se valdria de *ciclos* parecidos al *saros* de los caldeos ó tal vez del mismo *saros*?

Para refutar lo primero bastará recordar que estos periodos no son de igual duracion y que á medida que nos desviamos del momento de la observacion, va la diferencia aumentando hasta que se borran las últimas reminiscencias. Así Thales no pudo vaticinar un eclipse en que forzosamente ha-

bia de equivocarse, y más, cuando no hay ejemplo en la historia de un eclipse total que se haya reproducido á los diez y ocho años egipcios, como establecian las tablas caldeas. En cuanto á si pudo usar del ciclo de los babilonios, nótese que los conocimientos de éstos eran tan escasos seiscientos años después de Thales, que Diodoro Siculo nos dice en el capítulo IX del libro II «que circulaban entre ellos diversas opiniones acerca de los eclipses de sol y que no osaban ni aún manifestar su opinion en esta clase de fenómenos.»

Mas si no predijo el filósofo este eclipse, ni nos consta que el tal eclipse aconteciera, ¿qué valor hemos de dar al testimonio de Eudemo (*Stromatas*, lib. I), de Herodoto, de Diógenes Laercio (vida de Thales) y de San Clemente Alejandrino? Por lo que á Eudemo respecta, ignoro lo que del fenómeno afirma, pues ni su obra ha llegado á nuestros días, ni escritor alguno ha conservado sus palabras. Diógenes y San Clemente, muy posteriores al pretendido suceso, se fundan en la narracion de aquél y en la de Herodoto. Veamos lo que éste dice y examinemos el pasaje: «Poco tiempo después, negándose Aliates á entregar á Cijares á los escitas que éste le reclamaba, se guerreó entre lidios y medos por espacio de cinco años, en los cuales frecuentemente los lidios vencieron á los medos y éstos á los lidios, y en una ocasion hasta se peleó de noche. Haciéndose, pues, la guerra con igual fortuna por ámbas partes, en el sexto año de este conflicto acaeciò que en el fervor de la pugna, el día de repente se convirtió en noche. Thales Milesio habia predicho á los Jonios que sucederia precisamente en el año mismo en que sucedió....»

Aquí, como puede observarse, no se habla de eclipse, sino de repentina oscuridad que nubló el día para los dos ejércitos beligerantes. Dos consideraciones me ocurren acerca de esto. Si el eclipse hubiera en efecto acontecido, se nos hablaria de los efectos que causó en otros pueblos; pues no es creible que sólo fuese visto en el lugar de la batalla, ni que hubiera pasado desapercibido en tiempos de tan completa ignorancia.

Hay, además, en la historia un caso análogo, y es el eclipse que se asegura acompañó á la muerte de Jesucristo. Este trascendental acontecimiento se verificó en plenilunio, época en que no pueden ocurrir eclipses totales de sol, y, sin embargo, ya convencidos de la imposibilidad del hecho, oigamos á los evangelistas y notaremos una exposicion igual á la de Herodoto.

«Y desde la hora de sexta fueron tinieblas sobre la tierra....» Mateo, cap. 27, versículo 45.

«Y cuando vino la hora de sexta fueron hechas tinieblas sobre toda la tierra.» Marcos, cap. 15, versículo 23.

«Y el sol se oscureció....»

«Fueron hechas tinieblas sobre la tierra hasta la hora de nona....» Lucas, cap. 23, versículos 44 y 45.

Juan omite toda noticia relativa al supuesto eclipse total del sol.

Yo, por consiguiente, no vacilaría en aceptar para el relato de Herodoto la explicación que da Orígenes del velo que enlutó el firmamento en la muerte del héroe judío.

(Se continuará.)

MARIO MENDEZ.

LA POESÍA DE LA INDIA ANTIGUA

KALIDASA

Nuestro siglo, del que nosotros mismos tenemos una especie de complacencia en hablar tan mal, es cuando ménos un gran colector de hechos y un gran pesquisador de ideas. Hoy, así en el dominio del pensamiento como en el círculo de las cosas materiales, se devora el tiempo y el espacio, se multiplican las comunicaciones, se examina, se compara, se quiere estudiar y saber todo y andar más de prisa y mejor. Todas las mitologías y filosofías se han agotado en sus verdaderas fuentes; un poco más tiempo y será posible la enciclopedia universal, poniéndose á la vista el catálogo de los productos del espíritu humano. Medallas, inscripciones, tumbas, monumentos antiguos, frágiles despojos exhumados del polvo, todo cobra vida, forma y voz; todo nos habla de los períodos desvanecidos, de las olvidadas luchas de aquel mundo en cuyo seno nos agitamos á nuestra vez; descifranse los palimpsestos; adivinanse los geroglíficos; las cavernas de Ellora; las criptas de Elefantina y de Thebas; los palacios de Persépolis y Ninive; los acrópolis de Atenas y de Cartago nos abren sus profundidades, confundidas é ignoradas durante tantos siglos. Parece que nuestra existencia se extiende y se agranda con todo lo que descubrimos anterior á nosotros, y con todo lo que imaginamos más allá. Sentado esto entre las conquistas más preciosas del trabajo contemporáneo, debemos colocar en primera línea el estudio de las lenguas y literaturas exóticas.

Absorberse en sí mismo, estrechar el horizonte, desdeñar cuanto se nos asemeja es la teoría de la frialdad ó de la semi-ciencia. Los recursos intelectuales de la nación más favorecida no tardarán en agotarse, si de cuando en cuando no viene un soplo exterior á despertarla de su letargo y á recordarla que fuera de ella y muchas veces superior á ella existe alguna cosa. Los antiguos, encerrándose orgullosamente en estrechos límites, hacían comenzar la barbarie en los límites de su propia sociedad; pero los modernos deben tener un sentimiento más vivo é ilustrado de la unidad, de la fraternidad y de la solidaridad humanas. En la Edad Media el latín y el griego; en el siglo XVI el italiano; en el XVII el español; en el XVIII el inglés, y en el XIX el alemán, han conseguido entre nosotros el derecho de ciudadanía. El árabe, el persa, el hebreo se han introducido tímidamente en este intervalo, y como el abuso siguió siempre al uso, poco á poco se fué rompiendo el dique y sobrevino una avalancha de idiomas de todas procedencias y naturalezas. Pero el exceso que hubo en ese gran movimiento de ideas no debe impedirnos reconocer lo que hubo de legítimo; en este caso era preciso escoger, y una vez separado el oro de las escorias, el grano de la zizaña, se halló que la colección era rica, que se habían descubierto verdaderos tesoros. De todos estos descubrimientos que hemos presenciado no ha sido el ménos interesante, seguramente, el de la lengua y literatura sanscritas.

Recuérdese el origen de este estudio tan reciente como poco popular. Sabido es que el primer promotor del indianismo fué Warren Hastings, aquel célebre gobernador cuyas concusiones produjeron en el parlamento inglés tan bellas luchas oratorias; pero no es ménos cierto que uno de sus más antiguos y hábiles intérpretes fué el ilustre William Jones, presidente de los tribunales de Bengala. Traduciendo de 1783 á 1794 muchas obras indígenas, y fundando en la India una sociedad asiática, abrió el ancho camino porque debían marchar despues tantos hombres eminentes. No reproduciremos aquí los nombres de esos atrevidos obreros de la ciencia; pero si diremos que sus asiduos trabajos en aquel campo inmenso, fueron estériles por mucho tiempo, y las riquezas que descubrieron quedaron ocultas. En Inglaterra se siguió dignamente el ejemplo glorioso de W. Jones. En Alemania se vió á toda una tribu de eruditos intrépidos ir desde 1808 al asalto de aquella civilización antigua y olvidada, arrogantes de colocar su bandera en tal ó cual puesto de aquella region tan lejana, que era necesario descubrir y conquistar á la vez. En Piamonte, Grecia, Suecia, Rusia y Estados-Unidos, más de una vez se alistaron en aquella cruzada que exigía tanta adhesión como saber, puesto que no prometía ni popularidad ni fortuna. Francia se quedó un poco atrás, redobló el paso para ganar el tiempo perdido, y desde 1814, en que se creó una cátedra de sanscrito en el colegio de Francia, hemos pagado con creces nuestra deuda, y en estos cuarenta últimos años muchos de nuestros compatriotas han escrito sobre ma-

terias poco conocidas sábias obras, cuyo éxito crecerá á medida que el público esté en estado de comprenderlas.

Cuando la erudición levante el velo que cubre la antigua civilización de los indios; cuando haga penetrar en los misterios de su lengua y de su literatura un rayo de luz que deje entreverlo todo sin descubrirlo claramente, las personas iniciadas en aquellos primeros descubrimientos se poseerán de un legítimo entusiasmo, si no alguna vez exagerado. La lengua sanscrita por sí sola merece llamar la atención por su antigüedad incontestable, su rica y compleja estructura, sus radicales tan sencillas y sus palabras compuestas, tan cómodas, especialmente por sus manifiestas analogías con los idiomas que mejor conocemos. En efecto, no sólo se ve en ella la hermana mayor, sino la madre de todas las lenguas europeas, excepto dos ó tres, relación que se procura buscar con ménos éxito con las lenguas semíticas de África y América bárbaras. En manos de ciertos filósofos es una piedra filosofal; parece haber producido todo y sirve para explicarlo todo. De la lengua, considerada en sí misma, se dirige la imaginación admirada á los escritos en que se ha empleado, y el fondo parece tan curioso como la forma. Complácese uno en remontarse á los Aryas para hallar el modelo de todas las instituciones y la genealogía de todas las fábulas. Decíase que todo se había inventado entre el Himalaya y los montes Ghaties: lo útil y lo agradable, lo frívolo como lo ocioso, el juego de ajedrez de Palamedes y el silogismo de Aristóteles. La manía tenía en esto mucha parte, y los entusiastas más ardientes de las letras indias no temían elevarlas á más altura que los obras maestras de Grecia y Roma; pero todo exceso lleva consigo una reacción, y las exageraciones de los adeptos provocan reservas legítimas. En cuanto á nosotros, creemos que estas indagaciones, demasiado recientes aún, están llamadas, sin embargo, á un serio porvenir, pues sin concederlas cuanto se las supone, podrán servir muy bien para descubrir los rasgos generales de la humanidad, que en el fondo es por doquiera y siempre la misma, y, en fin, que darán ocasión á más de una feliz comparación con las tradiciones mitológicas, filosóficas y literarias que nos han transmitido los griegos y romanos, nuestros más próximos antepasados. Hay, pues, una piedra más que añadir al monumento que nuestro siglo piensa erigir en honor de las literaturas comparadas, y bajo este supuesto, vamos á examinar las obras de Kalidasa, uno de los poetas más brillantes de la India antigua.

I

El obstáculo más formidable para detener el progreso de los estudios sanscritos, es la dificultad de reconocer en la serie de los anales hindus y la ausencia casi completa de documentos biográficos. Esta raza (tégase entendido que hablamos de la raza primitiva alterada por las mezclas sucesivas y casi extinguida ahora) era inteligente y sensible, moral y civilizada. Ha conocido todos los géneros de poesía, todas las escuelas filosóficas, todas las ciencias; entre las formas poéticas, dos solamente le fueron extrañas, la elocuencia y la historia. Pero las cuestiones de cronología, muy difíciles de resolver, no deben impedirnos hacer justicia á tales ó cuales bellezas literarias bajo el pretexto de ignorar su fecha precisa. ¡Literaturas mucho más profundas y que parecían destinadas á nuestra institución, cuántas contradicciones y lagunas no ofrecen aún! Resignémonos, pues, á confesarlo: fuera de las obras que se le atribuyen, nada se sabe de Kalidasa más que su nombre y el siglo en que se juzga vivió. Comúnmente se le coloca unos cincuenta años antes del nacimiento de Cristo y en tiempo de Vicramaditya, príncipe famoso que reinó en la provincia de Malawa, y cuya capital era Oudjayani, una de las siete ciudades sagradas de la India. La memoria de este monarca vivirá siempre en gran estimación, y una de las más altas cualidades que le reconoció la tradición, fué su amor á las letras. Un verso del *Vicrama-Tchashitra* habla de las nueve joyas; es decir, de los nueve poetas que brillaban en la corte de Vicramaditya; en esta corona poética, que recuerda la pléyade de los alejandrinos ó la de Rousard y sus amigos, el florón más brillante pertenecía sin duda á Kalidasa. Citemos con este motivo una obrita bastante moderna, pero que atestigua la admiración constante que le profesaban aún los indios ya degenerados. «La amable Poesía, hija de Valmiki, fué criada por Vyasa y eligió á Kalidasa para esposo suyo; fué madre de Amaru, de Sundara, de Sankhu y de Dhanika: apesar de ser vieja y decrepita, de que su belleza se ha disipado, y de que sus pies, sin ninguna clase de adornos, apenas pueden sostenerla, ¿en qué choza no consiente recibir un asilo?»

Esta madrigal alegoría indica bastante bien la supuesta filiación de algunos grandes escritores hindus: admitiendo que sea demasiado laudatoria, aún cuando no se viese en Kalidasa más que un poeta armonioso y elegante, ingenioso y tierno de la familia de Pro-

percio y Tibulo, de Petrarca y de Metastasio, merecía, sin embargo, un atento estudio. Los críticos indígenas le conceden mucho ingenio, verbosidad y fecundidad; pero las obras que se le suponen son de géneros tan variados y de tan desigual valor, que no se puede asegurar sean de un mismo autor. En su consecuencia se ha imaginado la existencia de otro Kalidasa que había vivido en la corte de Rhodja, rey de Oudjayani, y como Vicramaditya favorable á los poetas, pero mucho más posterior á él, puesto que una inscripción le hace vivir en el siglo XI de nuestra era. En suma, despues de innumerables nombres, probablemente fabulosos, de los himnógrafos de los Vedas, despues de los de Valmiki y de Vyasa, que son como el Homero y el Hesiodo de la raza gangética, el nombre de Kalidasa es el más ilustre del Parnaso indio.

Preténdese que á petición de Vicramaditya reunió en una obra los siete enormes libros del *Ramayana*, separados hasta entónces, trabajo análogo al que Pisistrato y sus hijos hicieron ejecutar con los cantos de la *Iliada* y la *Odisea*, por mucho tiempo separados. Atribúyesele con el título de *Sroutabodha* un tratado en verso del arte poético, del que habría dado también al mismo tiempo brillantes ejemplos y sábias lecciones. Algunos le han negado el *Nalodaya*, poema enfático y amanerado sobre las aventuras de Nala, rey de Naishadda y de la bella Damayanti, su esposa, que inspiraron mejor al cantor del *Mahabharata* y aún á un escritor de la época de la decadencia, Harcha-Deva, príncipe de Cachemira. Su *Prasnauttara-Mala* y su *Ritou-Sanhara* ó la *Revolucion de las estaciones*, obra del género descriptivo, tienen mediana importancia; su opúsculo de la *Señal de amor*, compuesto de veintitres madrigales, es afectado y licencioso. En éstos encontraríamos poco que admirar: el verdadero mérito de Kalidasa está en otra parte. En su elegía del *Mégha-Douta*, en dos fragmentos épicos del *Kaumara-Sambhava* y del *Raghon-Vansa*; y, por último, en sus dos dramas *Vikramormaci* y *Sacountala*. Una ojeada sobre estas agradables producciones bastará para dar una idea exacta de este poeta, cuyo estilo está lejos de ser constantemente puro; pero al que sin embargo debió darle un lugar distinguido en su siglo y en su país la riqueza de su imaginación. (Trad.)

(Se continuará.)

JOSÉ LESEN Y MORENO.

LA PRIMAVERA Y LAS SEVILLANAS

El invierno, la típica estación de la tristeza, con sus mañanas glaciales, sus microscópicas tardes y sus cruentas é interminables noches ha emprendido su acostumbrado viaje, y la naturaleza, rasgando el velo de melancolía en que se mostraba envuelta, aparece, llena de encantos, con su bellísima vestidura primaveral.

Los más tardíos retoños brotan en los jardines y en los campos; los arbolillos se agitan y engalanan; las golondrinas vuelan y juguetean en caprichosos bandos; los alegres pajarillos, saltando y meciéndose al compás de la débil rama que suavemente se dobla al beso de la brisa, manifiestan con sus gorjeos la alegría de que se hallan poseídos; y, en una palabra, desde la flor de brillantes colores y embriagadores perfumes hasta el voraz insecto que tiene su nido en el resquebrajado muro, todos sienten las nuevas oleadas de vida que trae consigo la primavera.

¡Primavera! ¡Cuánto se goza respirando el perfumado ambiente de tus poéticas mañanas! Conforme adelantamos en el matinal paseo, no parece sino que nos alejamos de la vida real y penetramos en un mundo de desconocidos deleites, según nuestra pobre imaginación se complace en olvidar los positivos sufrimientos para henchirse de quiméricas ilusiones, inundando el alma de una dicha que sólo se concibe.

¡Inapreciable estación! ¡Tú eres para la naturaleza lo que la libertad para el hombre, la gloria para el genio, la fe para el cristiano! ¡Tú sola podías aspirar á que los sevillanos esperasen con ansia tu anual visita para celebrar su renombrada Feria y presentar en apiñadas tiendas la belleza de sus mujeres en competencia con la tuya!

Juzgando impotente mi pluma para cantar los innumerables dones con que pródiga nos regalas, dejaré esta colosal tarea para otra mejor cortada, y ya que mi afición á todo lo bello me ha inducido á ponderar la hermosura de las sevillanas, contaré á mis lectores lo que acerca de ellas ha dicho un ilustrado escritor nada sospechoso.

Desde la Macarena á Triana, y desde San Bernardo á los Humeros, es decir, desde un extremo á otro de los cuatro puntos cardinales, es imposible encontrar en Sevilla una mujer que no sea graciosa. Podrá faltar á alguna corrección de líneas ó relación armónica entre sus proporciones, y hasta habrá quien tenga que agradecer poco á la naturaleza, bajo un punto de vista estético puramente material; pero no hay una



«Recuerdo de la Feria de Sevilla.»
Apunte al lápiz, por D. Tomás Povedano.



HEMEROTECA
MUNICIPAL

MADRID

que no esté dotada de esa belleza interna que resalta en las diversas manifestaciones de la vida social, y que, según ciertas personas, es la belleza del espíritu; belleza impalpable, indescriptible, mas no por eso inapreciable.

En toda mujer hay algo de esa belleza; la obra más delicada de la Creación es ese vaso de arcilla, ya tosco, ya pulimentado, dentro del cual la naturaleza se ha complacido en poner algunas gotas de un perfume más ó ménos delicado, que conserva toda su vida; pero en la sevillana el perfume es fuerte y penetrante: el olfato ménos fino y peor educado no puede desconocerlo.

Y si no, vedla. Hay en su mirada, cuando os habla; hay en su sonrisa, cuando pretende seduciros; hay en su ademán, cuando la pasión la agita; hay en su andar y sus movimientos, cuando cruza las calles; hay en el ambiente que la rodea en todas ocasiones un encanto indefinible, una magia fascinadora, que sorprende, que cautiva los ojos y el alma. Añadid á esto las figuras, las imágenes de que su lenguaje está sembrado, y convenid en que las sevillanas tienen derecho á una preferente atención del sexo feo.

Cuando Byron, el célebre poeta inglés, visitó á la ninfa del Bétis, las dos cosas que más grabadas quedaron en su espíritu fueron las mujeres y las naranjas. Ignórase hasta qué punto el autor del *Don Juan* sería inteligente en el dorado fruto que tiene por padres los blancos ramos de azahar; pero en mujeres, todo el mundo reconoce su incontestable competencia.

No obstante, nadie está obligado á seguir la opinión ajena, aunque esta opinión sea tan autorizada como la de lord Byron; pero el que dude, puede apelar al testimonio de sus sentidos. Ya sigan sus ojos á la sevillana cuando en elegante *negligé* entra en las suntuosas tiendas de la calle de las Serpes; ya la persiga en las Delicias; ya se codee con ella en la plaza Nueva ó en los jardines del Alcázar; ya la adivine bajo el tupido velo al salir de la soberbia Catedral; ya la sorprenda desde la calle, al través de los hierros de la cancela, reclinada en una mecedora con toda la molición de una criolla americana; ya, en fin, la estudie en el trato íntimo, siempre tendrá lugar de adquirir el convencimiento de que ni las palabras de lord Byron ni las nuestras han traspasado los límites de la justicia.

LUIS B. PALMÉR.

LA FERIA DE SEVILLA

ROMANCE

Quien no ha visto á Sevilla
No ha visto maravilla.
(Frase hecha.)

I

Hay un rincón en el mundo
Sobre el cual María Santísima
Tendió su manto azulado
Y arrojó estrellas encima.
Ángulo lleno de flores,
Tadmor fecundo en espigas,
Jardín de Hirán, cuyos valles
Tienen palmeras y olivas.
Los crepúsculos del Bósforo,
Las claras tardes de Pisa,
Los ocasos de la Arabia
Y las noches de Sicilia,
No tienen más arreboles,
Ni más astros, ni más brisas,
Ni más graciosos cambiantes
Ni más deliciosas tintas:
Su nombre flota en el ritmo
De la cítara morisca;
Es el rumor de los crótalos
Que la gitana repica;
El són de la bayadera,
El aire de la odalisca,
El canto de las huríes
Sobre la pluma tendidas.
Dos mares besan sus costas
Y regalan á sus hijas
La gracia de sus espumas
Y la sal de sus orillas;
Guardando en cambio, en sus senos,
Rios de corriente limpia
Que, como el Genil y el Darro,
Les llevan áureas primicias
Como en los templos de Chipre
Las hieródulas solían
Levantar á la más bella
Sobre las gradas corintias.
Entre otras muchas ciudades
Alza la frente Sevilla,
Por el cinturón del Bétis
Las nobles formas ceñidas.
Es la ciudad de los sueños,
La perla de Andalucía,
El nido que en las Hespérides
Hicieron las hamadrias,
El recinto misterioso
Cuyas florestas lascivas
Florecen eternamente
Y eternamente fascinan.

En ella vive una raza
Generosa, hidalga, altiva,
Indolente como el árabe
Y como el celta atrevida;
Imaginación de fuego,
Alma poética y rica,
Por tradición esforzada,
Por naturaleza artista.
Estudiando sus costumbres
Y sus fiestas peregrinas,
Regocíjase el pincel
Y se estremece la lira.
Puéblase el sereno ambiente
De colores y armonías,
Y el mundo de los recuerdos
Con sus luces se ilumina.

II

Cuando las pintadas aves
No están mudas, y la tierra
Rompe los fecundos gérmenes
Que en el invierno fermentan,
En esas horas de Abril
Brillantes, cortas, serenas,
Cuyos minutos parecen
Mariposas que se quemán;
Sevilla, la rica joya
De la andaluza diadema,
La ciudad que por blasones
El «no me ha dejado» lleva;
La de la torre del Oro,
La de la Giralda esbelta,
Como novia se engalana
Y lleva á cabo su Feria.
Rios que afluyen al mar
Parecen las líneas férreas,
Que en rápidas avenidas
Olas de viajeros dejan;
Van y vienen los vehículos,
Crujen látigos y ruedas,
Y calles, plazas y hoteles
La antigua Babel recuerdan.
Un pandemonium fantástico,
Una miscelánea inmensa
Forman los extraños grupos
Que se acosan y se estrechan;
El oxígeno se acaba,
La atmósfera se condensa,
Y el suelo desaparece
Bajo plantas extranjeras.
Aquí un inglés cachazudo,
De patilla rubia y luenga,
Da el diestro brazo á su esposa
Y el siniestro á su maleta;
Allí una famosa austriaca,
Larga como una promesa,
Manda un convoy de tres párvulos,
Dos falderos y una negra;
En este lado, de capa,
Vara clásica y chaqueta,
Adelantan tres alcaldes
Que recatan la montera;
Más lejos, sobre la cúspide
De una enorme diligencia,
Un mundo de saltimbanquis
Trae los bártulos acuestas.
De una y otra parte acuden
Banqueros, hombres de letras,
Cómicos, entretenidas,
Gitanos, canastilleras,
Celebridades artísticas,
Donceles y damas bellas;
Que la feria de Sevilla
Goza de fama europea,
¡Y no ha visto maravilla
El que no ha visto la Feria!
Contemplad esa explanada
Vasta, verde, pintoresca,
Cruzada por anchas calles
De caprichosas casetas;
Recorred sus arrecifes,
Por los que trotan y ruedan
Corceles de noble estampa
Y lujosas carretelas;
Mirad, en fin, la amazona
Que rige su yegua inglesa,
Los pilluelos que cabalgan
En caballos de madera,
Las hermosas del gran mundo
Presas en blondas y sedas,
La airosa maja que pasa,
El torero que atraviesa,
El gitano que en el tráfico
Sus *matalones* pondera,
Y los grupos sediciosos
De ternes y cigarreras.
Pronto el tono general
Se determina y se plega,
Y el pictórico detalle
Palpita y se manifiesta.
Ya es un estrecho tomado
Por curtidas buñoleras,
Termópilas que no pasa
Un inglés sin que lo vengán;
Ya es un teatro mecánico,
En cuya andamiada aérea
Hay músicos y danzantes
Y *recatadas* doncellas;
Ya un cubil de caña y lonas,
Donde una foca es la fiera
Que con sus terribles fauces

Turba á los que la contemplan;
Ya, en fin, una galería
De personajes de cera,
Donde se ve á Carlos Quinto
Con mandoble y charreteras.
Estos graciosos contrastes
Y otras *manchas* pintorescas
Forman el núcleo de cuadros
Dignos de Goya y Villegas;
Que nunca extraños pinceles
Llevar al lienzo pudieran
El breve chapín de raso
Y la calada peineta.

Bandadas de golondrinas,
Que anidan en la floresta,
Las jóvenes andaluzas
Son las noches de la Feria.
Bajo azules pabellones
Cantan y revolotean;
Sus párpados sonrosados
Se entornan, mas no se cierran.
Libros de caballerías
Son los bailes para ellas;
Las noches de claro en claro
Suelen pasar dando vueltas.
Por eso un nuevo Gauthier
Anotará en su cartera:
«Las españolas no duermen
Aun cuando sueñan despiertas.»
De ver es cuando agrupadas
Bajo el techo de tijera
De esos elegantes nidos
Llenos de luces y esencias,
Mueven, al són del piano,
Los brazos y las caderas,
En la danza que á lord Byron
Trastornaba la cabeza.
De ver es cuando la falda
Provocativa y ligera
Descubre sus piés menudos
Como ramos de violetas;
Y cuando al compás del crótalo
Y la guitarra parlera,
Como girándulas pasan
Casi sin tocar la tierra.
No hay fibra del sentimiento
Que no vibre y se estremezca
Al escuchar en sus labios
La clásica malagueña;
Ni corazón de diamante
Que no se rinda y se vuelva,
Por lo alborotado, espuma,
Y por lo sensible, cera.
Vano intento es comparar
Aquellas hijas de Aténas
Cuyas formas palpitaban
Bajo las túnicas sueltas,
Con nuestras hermosas niñas,
En cuya cintura estrecha
Flota el cendal de las Gracias
Bordado por la modestia.
Vano intento es comparar
Aquellas veladas griegas,
Animadas por el pámpano
Y alumbradas por la tea,
Con las veladas de Híspalis,
Con las andaluzas fiestas,
De tiernas melancolías
Y gratas locuras llenas.

III

¡Á los toros, á los toros!...
Sevilla se agita y bulle...
¡Pobre pueblo, es su pecado!
¡No ha de haber quien lo disculpe!
La colosal gradería
De espectadores se cubre
Y la creciente algazara
Llega á perderse en las nubes.
Como suelen las espigas,
Si hay viento que las impulse,
Mover sus rubias cabezas
Que el sol abraza y destruye,
En círculos ordenados
Se mueve la muchedumbre,
Esperando entusiasmada
Que el són del clarín retumbe.
Trajes de brocado y seda
La airosa cuadrilla luce,
Y lujosos capotillos
Rojos, gualdados y azules.
Suena la aguda señal,
El circo en bravos prorrumpe,
Y da comienzo la lidia
Según antigua costumbre.
¡Fiesta bárbara y magnífica,
Juego de los pueblos núbiles,
Que en el coliseo empieza
Y en nuestros circos concluye!
¡No será la musa mía
La que en tu loor se ocupe
Aunque tu heroísmo sienta
Y tu esplendor me deslumbre!
En el fondo de mi cuadro
Tus primeros trazos puse;
El modelo lo exigía,
Otros que los continúen...
Cuando el sol desde el ocaso
Lanza sus postreras luces
Y el Giraldirlo acaricia
Con sus doradas vislumbres,

Las hermosas, rebozadas
En sus tocas y en sus tules,
Y los mancebos, montando
Sus corceles andaluces,
Pagado el justo tributo
A Costillares y á Cúchares,
Dejan en tropel el circo
Y de nuevo se confunden
Con las animadas olas
Que en el mar del prado afluyen.
Allí es fuerza que la zambra
Hasta el día se reanude,
Que la guitarra se queje
Y que las cañas circulen;
Que á la luz de las bugías,
Entre espejos y perfumes,
Por alfombradas pendientes
Las jóvenes se aventuren.
Eterno hervir vividor,
Ni cesa ni se interrumpe;
Cada tabla es un triclinio
Y cada mujer un númen.
Cerca del alegre rancho,
Donde resuena el adufe,
La caseta aristocrática
Cercada de flores surge.
Junto al guardapié flamenco
La falda francesa cruje,
Y turba una petenera
La serenata de Schubert.
Por romancesco derecho,
Que no habrá quien le dispute,
Sevilla en un mismo foco
Sus tradiciones reúne.
De este gigantesco lienzo
Son mis mezuquinos apuntes.
¡Dadme paleta y pinceles,
Que las plumas son inútiles!

BENITO MAS Y PRAT.

CARTA AMISTOSA

al autor del folleto titulado

LOS ALFAJORES DE MEDINA-SIDONIA

Ilustre aleman Thebussem,
Que sois doctor por la gracia
De vuestro noble apellido
Y de vuestra noble patria:
Recibí vuestro folleto
En que tratais de esa *pasta*
Que *alfajores* se apellida
En la andaluza comarca;
Y alabando vuestro ingenio,
¡Quién vuestro ingenio no alaba,
Mezcla de sal andaluza
Y humor de raza anglicana?
Pero.... puntos suspensivos,
No sé decir la palabra
Que exprese mi pensamiento
Por manera cortesana.
¡Os parece, amigo mio,
(¡Qué censura tan velada!)
Que se emplea bien el tiempo
En curiosidades vanas?
Vos, cuyo ingenio agudísimo,
Cuya erudición probada,
Os señalan alto puesto
Entre la grey literaria;
Vos, que siendo cervantista,
Y escribiendo *Droapianas*
Aquello de *utile dulci*
En vuestras obras se hallaba;
Hoy en olvido poniendo
Vuestras tareas pasadas,
Os ocupais en *cosillas*
Indignas de vuestra fama.
Dejad sellos y alfajores
Y las demás zarandajas
En que malgastéis el tiempo....
Perdonad franqueza tanta.
Vos, aleman, opulento,
Que en las torres almenadas
De vuestro feudal castillo
Pasais vida sosegada:
Vos, ilustrado Thebussem,
Sabréis la doctrina sábia
Que Kant puso por cimiento
De la moral razonada;
Y, decidme, ¿la conciencia
Imperiosa no os manda
Que vuestro tiempo ocupeis
En empresas de importancia?
Si Jesus dice que el rico
Acaso hallará cerradas
Las puertas del alto cielo
En su vida ultra-mundana;
Es que impone la riqueza
Obligaciones tan varias,
Que difícilmente cumple
La fragilidad humana.
Y sin llegar á los cielos,
Aquí, en esta tierra baja,
Los ricos que nacen ricos
Suelen ser gente *non sancta*.
Entienden que la riqueza
Da derecho á no hacer nada
Y olvidan que el ocio torpe
Engendra vicios sin tasa.
No entráis vos en tal censura;
Que trabajais cosa es clara,

Lo proclaman vuestros libros,
Pero en esos libros falta....
Otra vez calla mi pluma,
Otra vez mi lengua calla,
Pero Cervantes lo dijo:
Para entender, señas bastan.
Vos entenderéis por señas
Lo que digo en esta carta,
De la amistad que os profeso
Expresion sincera y franca.
Adios quedad, buen Thebussem;
Escrita en Semana Santa:
Saborcillo de sermon
Tiene esta prosa rimada.

LUIS VIDART.

Madrid (Jueves Santo), 6 de Abril de 1882.

VARIEDADES

Una honrada familia, dejando trascurrir las interminables horas de una noche de invierno, alrededor del clásico brasero:

La madre.—Os voy á contar un cuento.

El hijo mayor.—¡Caramba! ¡Pues los niños de esta casa somos ya un poco zangolotinos, para andar-nos con cuentecitos!

La madre.—Por eso mismo.

El hijo.—Entonces, usted se entenderá. Sea lo que usted quiera. Nos resignamos. Venga el cuento. Empezee usted «Pues señor, éste era un rey....»

La madre.—Justamente. Este era un rey muy poderoso, y un día empezó á ponerse triste, porque habian echado abajo, de orden suya, la casita de un guarda de uno de sus bosques, en la cual solia meterse él cuando niño, para resguardarse de la lluvia y hasta para comer algo de lo que la pobre guardesa tenía al fuego, ó jugar al escondite con sus chicos. El guarda aquel y su mujer habian muerto bastantes años hacía, y su hijo mayor ocupaba el lugar de su padre, viviendo con su familia en la misma casa. Pero como el rey le queria tanto, habia mandado que le hiciesen otra vivienda mejor y derribasen la vieja, que estaba ya muy vieja. Así se hizo; mas cuando el rey se encontró sin ella, le dolió; porque se acordaba de lo que habia amado en la niñez, y sentia no poderlo ver más. Lo que se quiere de niño no se olvida nunca, y es tanto más amable cuantos más años pasan.

Por eso no puede ser consuelo para un hijo, sino todo al contrario, que sus padres se le mueran muy ancianitos. Cuanto más ancianos, más se les tiene que querer. Pero volvamos á nuestro cuento. El rey aquel determinó que le volviesen á hacer la misma casa derribada, sin reparar en que esto era tan imposible como resucitar un muerto. Harian una casa igual, sí señor, pero ya no sería aquella misma, sino un retrato de ella. Hasta que no estuvo hecha de nuevo y la vió, el rey no conoció que habia mandado una cosa en que no podia ser obedecido. Este cuento quiere decir, hijos míos, que los hombres más poderosos nada pueden contra las leyes de la naturaleza, y que nunca debéis empeñaros en trabajo alguno que no sea el que ellas autorizan. Todo lo demás es insensato. Y para saber lo que conceden ó niegan esas leyes, y no malgastar vuestro esfuerzo, tenéis que estudiarlas y conocerlas. Sólo así podréis servir las, y sólo sirviéndolas serviréis. Dicen que el rey del cuento aprovechó la lección de la *casita vieja* y se hizo mejor de lo que era; porque procuró en lo sucesivo no atenerse á su capricho, sino á lo razonable. Ya veis, hijos míos, que tambien los jóvenes podeis oír algun cuento sin desdoro de vuestra dignidad, puesto que en ellos tienen motivo de aprender hasta los ancianos y los reyes.

El hijo.—Sí, los reyes de pega.

La madre.—¿Lo dices por el del cuento? Pues sabe que no es á él á quien yo me referia.

El hijo.—Bueno, pero lo que es eso de que una casa destruida no puede volver á ser como era, me parece que no es ningun arco de iglesia. ¿Quién no lo sabe?

La madre.—Me alegro de que sepas tanto; pero me dejarías más convencida de tu sabiduría, si no presumes de ella. ¿La *casita vieja* no te ha enseñado nada? lo siento. Yo creí que en ella habrias aprendido á desconfiar de tus ligerezas

El hijo.—¡Qué cosas tiene usted!

La madre.—¡Y qué otras cosas no tienes tú todavía!

El hijo.—¿Cuáles?

La madre.—La reflexion y la modestia.

LA SORTIJA.—Es la prenda más emblemática que se puede dar como recuerdo, ya de amistad ó de pasión: significa, en tésis general, alianza.

Las de brillantes, á más de representar ese bello atributo de la concordia, tienen el de valor y firmeza.

Las de corales, alegría.

Las de perlas, ternura.

Las de turquesa, bienestar.

Las de topacio, tristeza, constancia.

Las de ópalo, amargura, indecision.

En resumen, una sortija puede reunir en sí muchas piedras, y con ellas no solo un valor grande, sino la expresion de varios afectos.

Es linda una mano aseada, fina, ornada con dos ó tres anillos, cuando sólo sea de mayor dimension que los otros; pero es de un gusto grosero empavesar los dedos hasta las coyunturas, por lucir la variedad que se posee: hay más; las jóvenes que usan sortijas profusamente, cuando dan la mano y se les oprime con alguna efusion, sufren como si se les trituraran los dedos.

BLANCAS Y MORENAS.—Hé aquí dos palabras, mejor dicho, dos calificaciones que abarcan la bella mitad del género humano. Blancas y morenas son las mujeres; mas como en este mundo todo tiene su término medio, tambien las hay trigueñas.

En primera edad la mujer es la primavera; mas en general, la mujer blanca es el invierno, la morena el estío, la trigueña el otoño.

La blanca es la nieve, la morena el fuego, la trigueña el color natural.

La blanca es agradable, la morena graciosa, la trigueña agraciada.

La blanca es hermosa, la morena bonita, la trigueña bella.

La blanca es la poesia, la morena la dulzura, la trigueña la bondad.

La blanca tiene hechizos, la morena gracias, la trigueña atractivos.

El simple copista es como el devoto negligente; llega tarde para concluir temprano.

PALMÉR.

—¿Qué te parece?—decia un cómico á un amigo suyo.—Me hacen proposiciones para ir á Valladolid á representar los primeros galanes. ¿Debo aceptar?

—Hombre, pruébalo; porque para los segundos, ya ves que no sirves.

Durante la Revolucion francesa, un cura del departamento del Bajo Rhin suministraba agua bendita á los aficionados, y se hacía pagar una cantidad fija por cada botella.

Hubo quien denunció á las autoridades el proceder del cura, señalándole como fomentador de supersticiones; pero la administracion pública sólo atendió al muchísimo despacho de agua bendita que el cura tenía, y le obligó á pagar contribucion en este concepto, incluyendo su casa entre las botillerías.

En París se acaba de hacer un curioso experimento, que ha durado más de un año. Deseando saber los efectos destructores de las bebidas alcohólicas sobre la naturaleza del hombre, escogieron, por la gran semejanza del aparato digestivo de éste con el cerdo, nueve de estos animales, todos poco más ó ménos de la misma edad, sanos y en buenas condiciones, los que fueron colocados en un corral expresamente separado, con todo lo necesario para hacer agradable la vida de aquellos animales en aquel lugar.

Solamente les separaban en divisiones hechas á propósito en las horas de darles los alimentos. Inútil es añadir que éstos eran á una misma hora é iguales para todos en cantidad y calidad. Tanto en el agua como en la comida, se ponía á cada cerdo la cantidad proporcionada de líquido que debia tomar.

Los efectos destructores comenzaron á notarse primero en el que estaba destinado á tomar el ajeno, que principió por ponerse irritado y furioso, concluyendo por entrar en un estado de entorpecimiento, hasta que sucumbió.

El que tomaba aguardiente pasaba casi todo el tiempo durmiendo, habiendo concluido por perder casi todo el apetito.

Al que se le administraba ron se le vió triste, pesado, enteramente aturdido y tan torpe que tropezaba con todo.

El bebedor de ginebra se entregaba á multitud de excentricidades curiosas.

En una palabra, el que mejor librado salió fué el que bebía vino, de donde se infiere que el líquido más destructor es el ajeno, y el ménos dañoso el vino.

SUMARIO

TEXTO.—Revista quincenal, por Juan Sin Tierra.—La Geografía en el siglo V ántes de Jesucristo (continuacion), por D. Mario Menéndez.—La poesia de la India antigua, por D. José Lesen y Moreno.—La primavera y las sevillanas, por D. Luis B. Palmér.—La Feria de Sevilla, poesia, por D. Benito Mas y Prat.—Carta amistosa al autor del folleto titulado *Los alfajores de Medina-Sidonia*, poesia, por don Luis Vidart.—Variedades.

ILUSTRACIONES.—Recuerdo de la Feria de Sevilla; apunte al lápiz, por D. Tomás Povedano.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.